

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

ADVERTENCIA.

El simpático diestro *Cara-ancha*, convaliente ya de su herida, nos ruega manifestemos su mucha gratitud á las personas que se han interesado por su estado despues de su última cogida, ya que le es imposible devolver personalmente todas las visitas.

Está V. complacido, Sr. D. José, y crea que nos agradan estas políticas con el público.

¡A aliviarse... y á torear!

Carta de Francisco Arjona Herrera (Cúchares) á su hijo Francisco Arjona Reyes (Currito).

(En de la Eternidad á 28 de Abril de 1882.)

Muy señor mío: Me alegraré que al resibo de estas cortas líneas se haya osté con toa la cubal salu que yo para mi deseo; por aquí estamos toos güenos, gracias a Dios. Pues extrañarás, hijo de mi naturaleza, que yo haya empressipiao tratandote con cierto respeto, y hasta hubiera querido llamarte Vusencia, á vé si de las mente de los nacios pudiera borrarse de que yo habia sido tu padre, y las biliografías dijeran que habias nacio como un ongo, ó que eras hijo der Galafre, el peor torero que salió de madre, hasta que po asustarse de la gente cornupeta, se asustaba de los caracoles. Pues es el caso que anda aquí la gente de coleta alborota pidiendo tinta y papel pa escribir mas cartas a ese mundo que borrones he echao yo en mis escrituras, y yo he entrao en la móa y tambien tomo la pluma pa dirigirme al sucesor de mi nombrada, que es casi igualita á la del señor Mendizabal, el cual, lo que no dejó en dineros lo dejó en estantías.

En de que el gómito me echó pá estos andurriales el año del preñunciamiento nacional, he sufrido mis pesadumbres en el purgatorio, donde, vamos al decir, me he estao limpiando de algunos pecadillos que me hicieron cometer la deslealtad de los hombres y los ojos de las buenas mozas; pero es el caso que dispúe me he quemao y requemeao tanto con las noticias que me han traído de tí, he lanzao tantos espuimarajos, y tanta es la belis que se me ha subio en del igado hasta los dientes, que el mismísimo Dios me ha obsequiao con estar algunos mesecillos aquí, justa que se me aplaque la rabia y se me bajen los jumos á los últimos pelos de la coleta.

Las cosas que de tí me han dicho no son ni pá referirlas; pero güeno es que te vayas acostumbrando á las mormuraciones, como te has echo ya á los sírvidos. Me dicen que este año has echo más malas escrituras que Juan er de los Gallos, que has perdido la plaza de la Corte, y que sale á torear más que tú por esas provincias er mismo Antonio Perez el Ostion; no farta más que me digan que te has ajustao como banderillero en la comparsa de la tía Martina y que estás haciendo como el tío Ventosa la pantomina de la vaca y los cencerros. Me han dicho que has echao más alma que cuando me despedí de tí pá Cuba, que recuerdo que por no moverte tardabas ocho días en cobrar la monina y por no contar la plata te largaban más pesetas falsas que cornás á Espelunche, y que pá levantarte de la cama teniamos tu madre y yo que fingir que habia fuego en la habitacion y ladrones en el destrito.

Aún no me he podido hacer cargo de tantos dicharachos como sueltan en mis oídos; verdad es que los defuntos destinaos á este sitio vienen toos en pecao mortal y con el porvenir de achicharrarse y es mui posible que desageren; pero de toos modos, ¿qué necesida tenías tú de pasar fatigas delante de ningún toro ni á mí tenerme en estos berrinches, si pudieras haber terminao, como tu probocto hermano, las Masmáticas, y ser hoy un doctor con más cencia que Merlin y más latines que el cura de San Bernardo? ¿No te ediqué á los estudios porque tu padrino me decía que tenías más cara de arcipreste que de torero... y entre los estudiantes y las estudiantas me consumiste más metales que disgustos me dió Joselito Redondo? ¿Te puse yo peros pá ná, y dispuesto no estaba á comprarte más libros que reses he pasao con mi muleta?...

Pero en fin, toos estos recuerdos me jacen derramar muchas lágrimas, y ya no quiero que seas doctor, ni cateático, ni albeitar, sino matador de toros como lo fué tu padre, como lo fué tu abuelo que desde er cielo te mira, er Señor Manuel Arjona (Costuras) y tu tío el *in plos ultra* Señor Curro Guillen. Y si piensas seguir en el ejercicio de tu profesion, es preciso que te acuerdes de los primeros tiempos en que yo te llevaba á mí vera en provincias y aluego en la Plaza vieja, y pare é nijo nos llevabamos las palmas y los cuartos. ¿No te acuerdas?... Pero Señor, ó yo estaba chiflao, ó yo me mori con el convencimiento que dejaba en la tierra al heredero de todas mis echuras de torero.

¿Quién ha habio como tú pá manejar la mano izquierda? ¿Aquellos pases de castigo, tanto naturales como en redondo, los ha dao con el mismo arte que tú ninguno que se cubra con monterilla? ¿Pues y los volapiés? Hasta ahora me dicen que se dan cuarteando y dando pasos atras, como si se jugara al cuchillo con algun presidario, ó bien saliendo libre de cacho, cegando á las reses con la muleta, pero tú, hijo de mi alma, que los has dao con toos los precetos de su inventor y con la misma soflama que Juan Leon, mi maestro; tú, hijo mío; postergao por gente que el que más su padre ha sío albañil y ha visto los toros en de las tejas... ¿eso no lo quiero creer...!

¿No recuerdas el día que te di la alternativa y mataste recibiendo aquél toro de Hontiveros, y que aluego te abracé delante de tío el publico, y saqué a cuatro chiquillos de pila pá conmemorar el suceso, y di las bendiciones á dos novios pá que se jartaran de gusto, y por la noche me gusté en vino el dinero de cuatro corrias pá festejar á toos los que se acercaban á estrechar tus deos? Pues, mardesio, si contra el parecer de tu padrino has sacao más facha de torero... que yo (que es cuanto ay que desir), y aluego un conosimiento de las reses que ni yo mismo tambien ¿qué necesia tienes de que te falten escrituras, de estar jufo de la Corte y dispuesto en tu vejez á pasar más necesia que Carracuca, que murió de un cólico de viento?

Vuelve por tu negra honrilla, que la tienes al lado de los toros y vé con la segurida de que como quieras, has de poner tan pálido como a un deunto á más de cuatro, y las mujeres te ván a tocar las parmas y los aficionados á dar más cigarros que gotas tiene un deluvio.

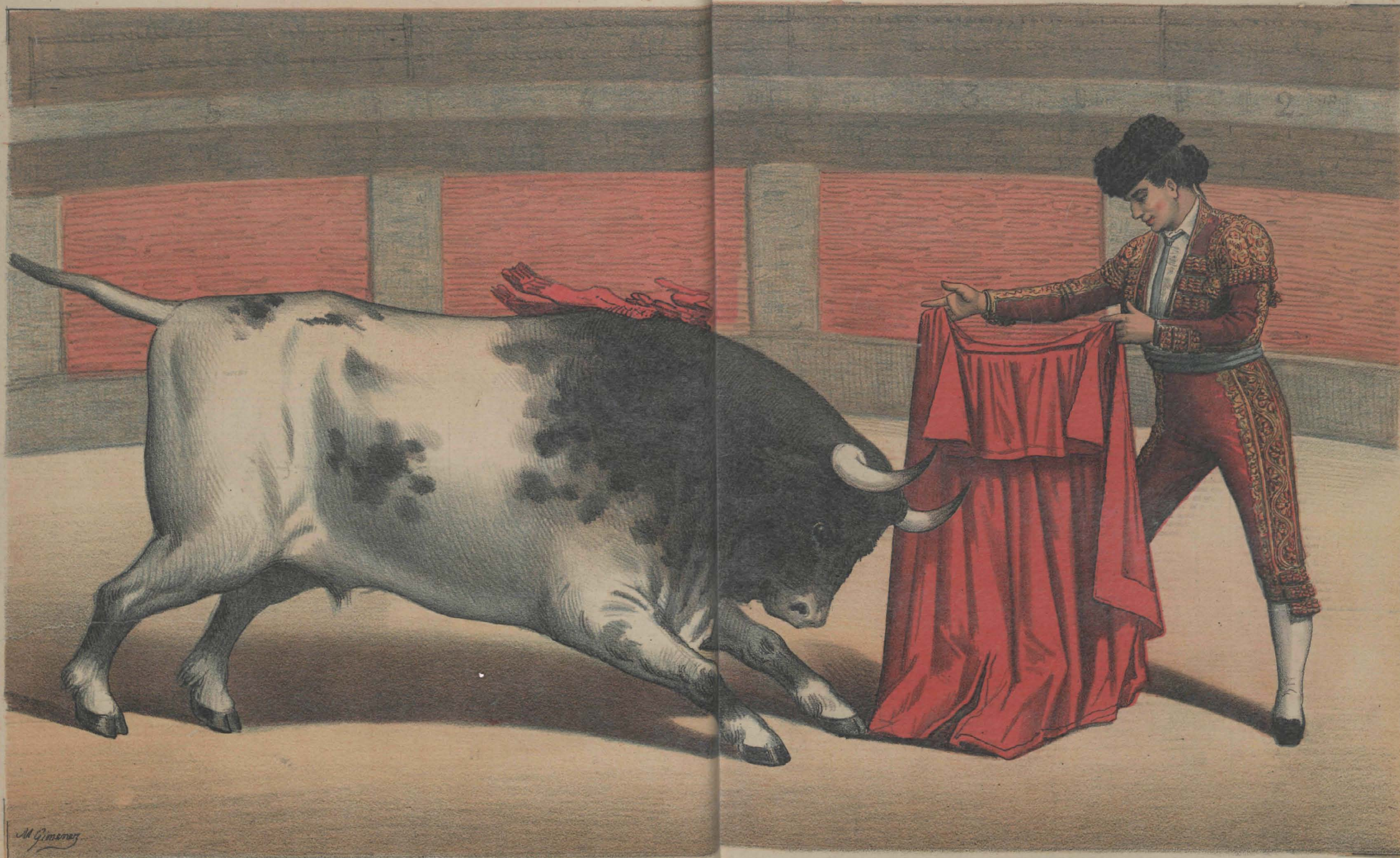
No es esto querer desirte que pá buscar las ablusiones te vayas á exponer a verme aquí antes de tiempo: los toros no deben cornear mas que las tablas y los caballos, pero muévete en los quites, lancea con el gusto que yo te enseñé á las reses en cuanto te salgan codiciosas y de piés, y de cuando en cuando larga una de esas estocas que dabas á mí vera, que despues me valia rme patoneando por toos los cafés de la Corte, como si la hubiera dao toa mi prosapia.

En la confianza de que has de haser caso de mí, ya me siento condolio, y hasta quisiera llorar por haberte fartao al escomensar estos renglones. Has el favor de dar mis recuerdos á tantos ahijaos como dejé por esos cortornos, y ende aquí siento las bendiciones de las personas que no conocieron la necesia á mí lado. Gana mucho dinero, como tu padre; no creas que pá guardarlo tío, como mi vecino el prestamista, que los toros en una tarde se te pueden llevar el capital con los intereses, sino pá hacer obras muy buenas y quitar mucha jambre á los desvalios; que bueno es que sepas que ni el peor de toos los Miuras te podrá nunca robar ni las lagrimitas de los agradecidos, ni el tesoro que te hayas ido formando con el alma.

No te extrañen estos últimos infundios de la carta, porque nadie en el mundo ganó ni en inteligencia pá los toros, ni en corazon pá los pobres a tu condolio padre.

CURRO CÚCHARES.

P. D. Un defunto que acaba de llegar de Sevilla y que me dice haber presenciado las corridas de Feria, me dice que has estao á una altura inmesurable (creo que es esta la palabra). ¿Lo ves, hijo mío? Si sigues así como has comenzao la temporá, hago renuncia de la gloria y bajo á la tierra y me cuelo man que sea en un tendio de sol para verte torear.



Lit. de J. Palacios.

"GALLO CHICO,, EN LA SUERTE DE VERÓNICA.

Arenal, 27, Madrid.

LAGARTIJO Y FRASCUELO

EN SEVILLA (1).

¡Allí se han visto, y como decía el historiador, se han entendido! (Que se nos dispense este recuerdo histórico). Allí se han visto en aquel país clásico del toreo, junto al Guadalquivir que casi besa con sus aguas la sombra despedida por el anchuroso Circo, entre un gentío emocionado por la FERIA y unas mujeres tan pródigas de gracias, como avaras para sus hermosos ojos, de toda la lumbré que despide el Sol de Mediodía.

Cuando Salvador supo que el Cordobés (así le llama) era el destinado para compartir con él las simpatías de los Sevillanos, llamó a su cuadrilla, estrechó con más fuerza que de costumbre la mano del veterano Pablo y dijo a todos: — ¡¡Señores, vamos a torcar!!

Y llegó el señalado día. El público que invadía todas las localidades de la Plaza, se levantó entusiasmado a la vista de los diestros. Las damas de los palcos ondearon sus abanicos, las flamencas sus pañuelos y los ingleses se calaron sus anteojos como si el redondel fuera un cielo y estudiaran con el telescopio el movimiento de dos astros.

Los aplausos cesan, cada cual ocupa su puesto: ¡ganarme las simpatías oscurecidas por la ausencia de tres años! piensa el uno. ¡Venir el Cordobés a llevarse las palmas que eran para mí solo! murmura el genio indómito del otro.

Molina, de Lafite, pisa la arena. Lagartijo aún no ha dominado su apatía; suena la hora de matar, y pasa desconfiado, y mata desconfiado también. Frascuelo le sigue en tanta, y la brega es tan deslucida como la de su competidor. El público se impacienta, grita, vocifera, casi insulta; y decimos casi, porque el verdadero mérito es siempre poderoso dique para los arrebatos de la lengua.

¡Qué fatalidad! El entusiasmo convertirse en menosprecio, el frenesí en apatía, la apoteosis en desencanto.

Salvador es el primero que conoce esta situación, y trata de calentar aquel apagado horno. Figúrate que su segundo toro es cornialto, cárdeno, y de gran romana y de mayor sentido; el diestro le halla en la plenitud de sus facultades, y algo manso por añadidura. Le tantea en los primeros pases, y el animal se fija más en el azul marino de su rico traje que en el rojo de la muleta; nuevos pases y nuevos engaños de la res. El deslumbramiento es seguro, inminente, ¡y Rafael está allí, y las hermosas mirándole! ¿Qué hacer? El corazón le dió pronta respuesta. Pasa al *Acetuno* tres veces con la derecha, una de pecho, una en redondo y un cambio; ¡lí!... estaba previsto... el toro se le arranca, le embroca, le suspende... el diestro aprovecha, y sepulta hasta la cruz el estoque en los rubios del Lafite. El animal detiene un instante su certero impulso, se bambolea inseguro sobre sus patas y cae como herido de un rayo. Salvador se sacude el polvo de la taleguilla, y va por la vencedora espada escondida entre las carnes de la fiera vencida. ¡Gran ovación! ¡Delirio! ¡Entusiasmo! Los aplausos se repiten, las felicitaciones se centuplican.

El Gordo, desde las gradas, dice a un círculo de aficionados: — ¡Eso no es arte, eso es falta de inteligencia y de maestría!

Las mismas miradas que habían consultado el parecer de Carmona se dirigen emocionadas al lado de Manuel Domínguez, que había echado su petaca al redondel.

— De dos modos, grita el antiguo diestro, mata la vergüenza a los toros: unas veces llega el *pequi* hasta el morrillo y otras veces el corazón. Aquí ha llegado esto último.

La ovación se hace casi interminable y Rafael empieza ya a sentirse inspirado por aquella atmósfera de improvisados triunfos. La diosa de la *apatía* cae derrocada a sus pies. Abre su capote y se entrega a los quites, largas de fino y atildado gusto, cortas verónicas que rematan en el testuz de la fiera, *recortes cebidos con capote al brazo*, todo esto en precioso y delicado arte. Palmas y músicas. ¡Sonó el clarín! ¡qué dos pases naturales, qué juego de la muleta en redondo y al cambio! ¡la velocidad, se empitona con el asta izquierda del animal y una media estocada a volapié le hace a Manguito morder la arena, ¡Aplausos, sombreros, cigarrillos!

— ¡Bien por la media estocada del maestro! grita desde su asiento un torero tan célebre como infortunado.

— ¡Si hubiera llegado hasta los gavilanes! murmura un descontentadizo.

— Es verdad, responde aquel, que debió ser en su tiempo tan maestro como el aplaudido; pero el estoque en los rubios del animal tiene dos nombres: hasta la mitad se llama *maestría con prudencia* y hasta la empuñadura, *maestría con arrojo*; la primera palabra no la puede quitar nadie.

Estas frases sirvieron de constante tema a las *habladurías* de los aficionados, se comentaron en el café y en todos los círculos.

Llegó la 2.^a y después la 3.^a corrida; quites arriesgados del uno, soberbias estocadas del otro; mezcla de maestría y arrojo, de inteligencia y de ánimo, de corazón y de cabeza. Aplausos prolongados, demostraciones de afecto... total, nueva escritura para el año próximo.

Al empezar el declive del Sol en la última tarde, los aficionados contendieron amistosamente. — ¡Soy de Rafael! gritó uno — y yo de Salvador, repuso otro.

— Pues yó de los dos, contestó un tercero; ambos saben, son valientes y dos grandes toreros; en una palabra, *se complementan*. Esta última frase, digna de un profesor de geometría, fué, en opinión de los que la oyeron, la más acertada de cuantas se pronunciaron.

(2) No nos ocupamos en este artículo del espada *Cerrito*, porque ya lo hace su ilustre padre desde la Eternidad. Por otro lado, en su día pensamos dedicarle a este diestro *capítulo largo y aparte*. ¡Como habíamos de dejarlo en olvido!

Un detalle: Frascuelo asistió por la noche a la representación de *Rigoletto*, fué a lucir desde una butaca su persona, su faja y su pechera. Cantaba Masini. Cuando el célebre tenor terminó de cantar la *cantóneta* del primer acto, acercósele un aficionado. — ¿Y Lagartijo? le preguntó — Estará jugando al dominó, contestóle el arrojado diestro.

— ¡Al dominó en familia cuando pudiera ser la envidia del Teatro! murmuró un gomoso con ínfulas de torero y ribetes de erudito. — ¡Cosas de los grandes hombres!

¡Napoleón tomando polvo de rapé!

TOROS EN MADRID.

Tercera corrida de abono verificada el 30 de Abril de 1882.

¡Tres corridas de abono y tres cogidas! Si tendrá razón la Sociedad protectora... que en este caso debía llamarse de hombres. Cuando tocó a Juan Molina parear el primer toro, lo hizo su primera vez con un par cuarteando, de los de primera clase; el toro se tapaba y se defendía en la suerte: arranca el diestro para clavar el segundo, y al salir en falso de la misma cara de la res, resbala junto a ella y cae al suelo, el toro le recoge y voltea y vuelve a cogerle, produciéndole una herida inciso-contusa en la parte media de la región glútea izquierda, otra más pequeña en la misma región, y una tercera superficial sobre el lomo de la nariz. ¡Hemos empezado por el suceso más triste de la tarde; no siempre hemos de ceder el último puesto a la desgracia!

Son las cuatro, un minuto y cincuenta y nueve segundos de la tarde. El pañuelo blanco asoma en el palco presidencial. Esta tardanza, de cerca de dos minutos, vale al señor Romero Paz, que preside, una silba general.

¡Si para todo fuese tan puntual el pueblo español! nos decíamos nosotros *filosofando* en medio de aquella algazara. El Rey, acompañado de los Condes de Flandes, ocupa su palco. Las cuadrillas pisan el redondel, y la alegría y la especulación se comparten en el ánimo de una docena de miles de españoles.

El primero, a quien el Bañero dió suelta, se llama *Berdador*, es castaño, bragao, apretado de astas, y hermosa presencia. Rafael y el Gallo le hicieron una caricia al salir, así como de pasada. José Calderón y Fuentes le tentaron el morrillo en cuatro ocasiones. En el segundo tercio de la lidia ocurrió a Juan Molina lo que acabamos de detallar; el Gallo cumplió con par y medio cuarteando y sin arte. Sonó la hora fatal; el público sentíase emocionado en aquellos momentos por tener delante a Lagartijo, que de algún modo había de vengar la fechoría hecha a su hermano: admiramos aquella sangre fría que en tal instante, ni le conturbaba la herida hecha a Molina, ni el recuerdo de su esposa enferma de gravedad, ni el dolor de su pierna urtante quebrantada. Tres distintas penas que pesaban sobre el alma del matador, vistiéndola a veces con el color de su traje, verde-esperanza. Mandó a su gente que se separaran de la res, la preparó con uno natural y uno con la derecha *magistral*, dos cambiados y uno en redondo *magistral* también, y se tiró con una estocada al volapié, hasta los mismos dedos y en el sitio en que los toros hacen inútil la faena del puntillero. Bravos, palmas, tabacos y sombreros. ¡Bien, señor Rafael! a gran morro gran lamada, y sobre todo ya sabemos con el poeta que,

..... a gran ofensa,
cabe al alma tener mejor venganza.

El segundo llamábase *Canastillo*, era retinto, albardao, ojinegro y bizco del izquierdo; salió con pausada calma mostrándose blando al castigo. Calderón y Fuentes le pincharon, el primero dos y el segundo tres veces sin contratiempo. Tocan a banderillas; el Barbi, después de un estudio detenido de la res que humillaba con frecuencia y se tapaba en la suerte, se fué a ella con todo arte para colgarle un par de palos que resultaron *dibujados* en su lado, entrando el diestro en la misma cabeza ¡Bravo, Barbi!, así se hacen los banderilleros dignos de sus *mataores*; vaya este recuerdo por Cara-anchal (Campos M.) cumple con medio par y uno cuarteando. Y sonó el clarín. Hermosilla, de lila y oro, brinda y se encamina hacia su enemigo, al que *aburre* con un pase al natural, seis con la derecha y siete por alto, dándole un pinchazo sin soltar. Uno con la derecha precede a una media buenísima, por ser en todo lo alto y en su sitio; otro natural y... no queremos recordar tan deslucida faena; el toro se echó aburrido. Las coladas que le hizo al diestro la res, casi pudiéramos contarlas por el número de pases. Sr. Hermosilla y nuestros consejos!...

Yegüero fué el tercero de la tarde; negro, mulato, bragao, y no mal puesto de cuerna; salió rematando con coraje en los tableros. Calderón pone tres varas y otras tantas su compañero Fuentes. La aparición del reserva Badila en el redondel es saludada con muchos aplausos. ¡Ay amigo, y cómo quedan recuerdos de las cosas buenas! Galindo y Almendro ponen un par delantero uno y el otro cuarteando. El Gallo, cuando le llamaron a su obligación, halló a la res boyante, brava, noble y con las debidas facultades. Deseando enmendar los muchos tropiezos de la tarde anterior, abre el paño junto a los hocicos del animal, le pega a la muleta con un natural, uno con la derecha, tres cambiados y dos en redondo, bastante cebido al sitio del peligro, y lía para tirarse con fé, resultando un pinchazo. Otros dos pases preceden a una corta, y uno con la derecha, y seis altos a una estocada hasta la mano, tirándose por derecho al testuz, y con exposición de su persona. Muchos aplausos.

Rosario era el nombre de pila del cuarto Muruve (porque ahora conviene decir que los toros eran de esta ganadería). De pelo colorao, meano y cornialto. A la salida de un caballo el Gallo aprovechó los pies del animal para darle en los medios un cambio de rodillas, que le valió aplausos. José Calderón y Juan Fuentes tentaron cuatro veces el mor-

rillo de la res. Mariano deja dos medios y La Pasera un par al cuarteo. Lagartijo acude a su segunda campaña propinando al cornúpeto uno natural, uno cambiado y seis altos, para darle fin con una contraria y ladeada a volapié. Aplausos, no tanto por la faena, sino por ser quien era su autor.

Y salió el quinto llamado *Azulejo*, negro, zaino, caído y escobillado del derecho. Calderón marró y perdió el potro. Fuentes puso cuatro varas. ¡Duro, Juan! le oíamos decir a Rafael. Badila arrojó, según costumbre, su chambergo al tendido número 2, y colocó dos buenas varas a cambio de dos malos potros. ¡Si hubiera tanta *facultad* como codicia! Ojeda adorna el cerviguillo de *Azulejo* con par y medio, y Punteret con otros tantos. Y llegó la hora. Hermosilla, más parado que en su primer adversario, abanica al Muruve con dos naturales, tres altos, dos cambiados para un pinchazo en su sitio, y le abanica de nuevo para una estocada corta, buena y que hubiera sido mejor a no resultar tan trasera. Palmas.

Playero, hizo punto final a la fiesta. Era negro, mulato, bragao y no mal puesto. Aguantó de la gente de caballería siete caricias. Badila mojó también. Almendro y Galindo se encargaron de adornar a la res para la muerte, que se la dió el Gallo después de seis pases con la derecha y cuatro de telón bastante movidos, con una corta baja y ladeada a paso de banderillas.

El toro ofrecía muchas dificultades.

APRECIACION. ¡Señor Rafael! Esta tarde mejor que nunca nos hemos podido convencer los aficionados que tiene usted sangre torera. Ni las penas le derriban el ánimo, ni los dolores le agobian. Porque esto de ver que una fiera ha hecho un desavío a su pobre hermano y marchar usted hacia ella, como si sólo le hubiera hecho una caricia, cosa es tan sólo para verlo. ¡Qué serenidad en medio de tan justo coraje! Le vimos a usted salir del estribo como el que tiene la conciencia de su misión y ejerce la venganza con nobleza y valentía. Desplegó usted el trapo frente a la cara del animal como el que le avisa para que se defienda; le dió al punto dos cambiados forzados tras dos naturales con la derecha, que ni si se pintaran para un cuadro de exposición, y antes de estos uno de telón, de los que empleaba el gran Cayetano. Así se tantea a las reses, y así se consuman los pases, *durmienédoles* en ellos hasta que el toro vuelve en la querencia del engaño. Como le exigían al antiguo gladiador, sabe usted hasta el modo de caer, y hasta el modo de morir, que todo debe ser consumado y perfecto dentro de una profesión que lleva el nombre de arte. Al arrancarse no olvidó su pasito atrás, pero como estaba empitonado con el asta izquierda del animal y se tiró no mirando la salida, sino la entrada en el morrillo, la estocada resultó perfecta; luego le vimos que no dejó la empuñadura hasta mojarse de sangre los dedos, y esto es lo que le pedimos, y siempre le pediremos a un primer espada de nuestro Circo de la fama de su *mercé*. ¿Por qué no hizo usted lo mismo en su segundo Muruve? No fué por defecto del toro, que era noble y bravo como el primero, y que si llegó su persona a sufrir una colada, fué porque después de aquel pase de telón se descubrió demasiado. Pero ya casi adivinamos sus secretos. Los buenos recursos de usted nos quieren regalar cada tarde, como en los juegos de prenda, un favor y un disfraz. Además, ya le hemos oído decir otras veces, que las cosas buenas no deben hacerse vulgares con el uso. Esta máxima, señor cordobés, no la hemos leído en ninguna Tauromaquia, y válganos la inmodestia, para decir que las hemos leído todas. ¡Qué usted se alivie, y lo de su esposa y lo de Juan no sea nada de cuidado!

El toreo de Hermosilla es para nosotros un insoluble problema. Le vimos fresco, sereno, casi imperturbable en el tanteo de su primer adversario, y eso que este hacía para alcanzarle, dando infinitas coladas que ponían en conmoción al público. ¿Es que le sobraba de corazón lo que le faltaba de inteligencia? Puede ser. Y nos aseveramos en esto, porque en toda la tarde le vimos atinado con la mano derecha y desacerado, desaceratísimo con la izquierda. El pasar a los toros de muleta, amigo nuestro D. Manuel, tiene un objeto de suma importancia; pero el medio *pasarlos o abanicarlos*, como usted lo hace flameando los bordes de la defensa junto a la punta de los cuernos del animal, eso no tiene arte sino para recibir un desavío. Para componer la cabeza a los toros, para hacerles humillar y tomar bien el engaño, se ha hecho la muleta, no para un juego inútil que prepare las estocadas. Sentimos decirle que solo *medios pases* le vimos emplear ayer. ¿Porqué se salía de la suerte antes de consumarlos. Rezan los libros que esto acusa poco valor, pero nosotros no llegamos a tanto, y le acusamos de *falta de destreza*. Las dos medias estocadas empleadas respectivamente en cada uno de sus toros, indican que sabe usted cual es el sitio de las palmas. ¿Pero a qué llevarse la muleta pegada al cuerpo en la salida del embroque; a qué abandonar el puño del estoque sin esperar a que el toro dege de humillar y él contribuya a su verdadera muerte con la cabezada? ¡Cuando decimos que le queremos aplaudir y usted no nos da ocasión!

Es preciso también que en los quites de caballos no se abra tanto de capa para recortar a los toros, que así la suerte no resulta lucida, y el capote impide el perfil del diestro con el testuz del animal.

El Gallo pasó a su primer toro como nos hizo ver que sabía hacerlo en la temporada anterior. Uno de los cambiados no tenía nada que envidiar a los de ningún diestro. ¡Lástima es la gran desigualdad que vamos notando en toda la faena de la temporada!

Al herir lo hizo bien, aunque arrancando algo lejos. ¡Cúlpelo a su estatura!

En su segundo, muy movido y sin seguridad acometió los primeros pases. El toro era de sentido y sabía defenderse. La estocada deslucidísima.

Ya lo hemos dicho, estos toros no son nunca para el Gallo. ¡Ojalá que a su vez él no sea nunca para ellos!

ALEGRÍAS.

Imprenta de José M. Ducacal, Plaza de Isabel II, 6.